

y agraciada de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, y arrancando la mecha aun encendida de un artillero que yacia por el suelo, puso fuego á una pieza, é hizo voto de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaídos ánimos, se precipitaron todos á la batería, y renovóse tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1589, fué premiada tambien de un modo parecido; y así como á aquella le concedió Felipe II el grado y sueldo de alférez vivo, remuneró Palafox á esta con un grado militar y una pension vitalicia.

Continuaba vivísimo el fuego, y nuestra artillería muy certera arredraba al enemigo, sin que hasta entónces hubiese oficial alguno de aquella arma que la dirigiese. No eran todavía las doce del dia, cuando entre el horroroso y mortífero estruendo del cañon se presentaron los subtenientes de aquel distinguido cuerpo Don Gerónimo Piñeiro y Don Francisco Rosete, que fugados de Barcelona corrían apresuradamente á tomar parte en la defensa de Zaragoza. Sin descanso, despues de largo viaje y fatigoso tránsito, se pusieron, el primero á dirigir los fuegos de la entrada del Portillo, y el segundo los de la del Cármen. Con la ayuda de oficiales inteligentes creció el brio en los nuestros, y

aumentóse el estrago en los contrarios. La noche cortó el combate, mas no el bombardeo, renovándose aquel al despuntar del alba con igual furia que el dia anterior. Las columnas enemigas con diversas maniobras intentaron enseñorearse del Portillo, y abierta brecha en la Aljafería, se arrojaron á asaltar aquella fortaleza; pero fuese que no hallasen escalas acomodadas, ó fuese mas bien la denodada valentía de los sitiados, los franceses repelidos se desordenaron y dispersaron en medio de los esfuerzos de gefes y oficiales. Otro tanto pasaba en el Portillo y Cármen. El marqués de Lazan, durante el ataque, recorrió la línea en los puntos mas peligrosos, remunerando á unos y alentando á otros con sus palabras.

Ya era entrada la tarde, desmayaban los enemigos, y los nuestros familiarizándose mas y mas con los riesgos de la guerra, desconocidos al mayor número, redoblaron sus esfuerzos alentados con un inesperado y para ellos halagüeño acontecimiento. De boca en boca y con rapidez se difundió que D. José de Palafox estaba de vuelta en la ciudad, y que pronto gozarian todos de su presencia. En efecto, penetrando en Zaragoza á las cuatro de la tarde de aquel dia, que era el 2, aparecióse de repente en donde se lidiaba, y á su vista arrebatados de entusiasmo, hicieron los nuestros tan firme rostro á los franceses, que sin insistir estos en nueva acometida, se contentaron con proseguir el bombardeo.

Entrada de  
Palafox el 2  
en Zaragoza.

Otros com-  
bates.

Viendo sin embargo que para aproximarse á las puertas era menester hacerse dueños de los conventos de San José y Capuchinos y otros puntos extramuros, comenzaron por entónces á embestirlos. En el convento de San José, asentado á la derecha del rio Huerba, no habia otro amparo que el de las paredes, en cuyo macizo se habian abierto troneras. Asaltáronle 400 polacos, y repelidos con gran pérdida, tuvieron que aguardar refuerzo, y aun así no se posesionaron de aquel puesto sino al cabo de horas de pelea. No fueron mas afortunados en el de Capuchinos, cercano á la puerta del Cármen. Lucharon los defensores cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros, en las celdas, y no desampararon el edificio hasta despues de haberle puesto fuego.

Puente  
echado por  
los franceses  
en San Lam-  
berto.

Tambien quisieron los franceses cercar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro, principalmente á causa de los socorros que la libre comunicacion proporcionaba. Para estorbarla pensaron en cruzar el rio, echando el 10 de julio un puente de balsas en San Lamberto. Salió contra ellos el general Palafox con paisanos y una compañía de suizos que acababa de llegar. Batallaron largo tiempo, y vino con refuerzo á sostenerlos el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo fué derribado de una granada. Los enemigos no se atrevieron á pasar muy adelante, y aprovechando los nuestros el precioso respiro que daban, levantaron en el arrabal tres haterías, una en los tejares, y las otras dos en

Extrajo he-  
cho por los  
mismos.

Otras me-  
didas de los  
sitiados.

el rastro de los clérigos y en San Lázaro: de las que protegidos los labradores, se escopetearon varias veces con los franceses en el campo de las Ranillas, y los ahuyentaron, distinguiéndose con frecuencia en la lid el famoso tio Jorge. Así que, los sitiadores no pudieron cerrar del todo las comunicaciones de Zaragoza, pero talaron los campos, quemaron las mieses, y extendiéndose hácia el Gállego, vióse desconsoladamente arder el puente de madera que da paso al camino carretero de Cataluña, y destruirse é incendiarse las aceñas y molinos harineros que abastecian la ciudad. Las angustias crecian, mas al par de ellas también el ardimiento de los sitiados. Se acopió la harina del vecindario para amasar solamente pan de municion que todos comian con gusto, y para fabricar pólvora se establecieron molinos movidos por caballos, y se cogió el azufre en donde quiera que lo habia: se lavó la tierra de las calles para tener salitre, y se hizo carbon con la caña del cáñamo, tan alto en aquel pais. No poco cooperó al acierto y direccion de estos trabajos, como de los demas que ocurrieron, el sabio oficial de artillería Don Ignacio López, quien desde entónces hasta el fin del sitio fué uno de los pilares en que estribó la defensa zaragozana.

Eran estas precauciones tanto mas necesarias, cuanto no solo los franceses ceñian mas y mas la plaza, sino que tambien previeron los sitiados que bien pronto intentarían destruir ó tomar los moli-

Apoderarse el  
enemigo de  
Villafeliche.

nos de pólvora de Villafeliche, á doce leguas de Zaragoza, que eran los que la proveían. Así sucedió. El varon de Versages desde Calatayud asomándose á las alturas inmediatas á aquel pueblo, impidió al principio que lograsen su objeto. Mas revolviendo sobre él los enemigos con mayores fuerzas, tuvo que replegarse y dejar en sus manos tan importantes fábricas.

Otros combates.

En medio del tropel de desdichas que oprimian á los zaragozanos, permanecían constantes sin que nada los abatiese. En continuada vela desbarataban las sorpresas que á cada paso tentaban sus contrarios. El 17 de julio, dueños ya estos del convento de Capuchinos, sigilosamente á las nueve de la noche procuraron ponerse bajo el tiro de cañon de la puerta del Cámen. Los nuestros lo notaron, y en silencio también aguardando el momento del asalto, rompieron el fuego y derribaron sin vida á los que se gloriaban ya de ser dueños del puesto. Con mayor furia renovaron los sitiadores sus ataques allí y en las otras puertas las noches siguientes: en todas infructuosamente, no habiendo podido tampoco apoderarse del convento de Trinitarios descalzos, sito extramuros de la ciudad.

En lucha tan encarnizada, los españoles á veces molestaban al enemigo con sus salidas, y no ménos quisieron que adelantarse hasta el monte Torrero. Aparentando pues un ataque formal por el paseo ántes deleitoso que de la ciudad iba á aquel punto, dieron otros de sobresalto en medio del día en el

campamento francés. Todo lo atropellaron, y no se retiraron sino cubiertos de sangre y despojos. Por las márgenes del Gállego, midieron igualmente unos y otros sus armas en varias ocasiones, y señaladamente en 29 de julio en que nuestros lanceros sacaron ventaja á los suyos con mucha honra y prez, sobresaliendo en los reencuentros el coronel Butron, primer ayudante de Palafox.

Restaban aún nuevas y mas recias ocasiones en que se emplease y resplandeciese la bizarría y firmeza de los zaragozanos. Noche y día trabajaban sus enemigos para construir un camino cubierto que fuese desde el convento de San José por la orilla del Huerba hasta las inmediaciones de la Bernardona, y á su abrigo colocar morteros y cañones, no mediando ya entre sus baterías y las de los españoles sino muy corta distancia.

Aguardábase por momentos una general embestida, y en efecto en la madrugada del 3 de agosto el enemigo rompió el fuego en toda la línea, cayendo principalmente una lluvia de bombas y granadas en el barrio de la ciudad, situado entre las puertas de Santa Engracia y el Carmen, hasta la calle del Coso. El coronel de ingenieros frances Lacoste, ayudante de Napoleon, que habia llegado después de comenzado el sitio, con razon juzgó no ser acertado el ataque ántes emprendido por el Portillo, y determinó que el actual se diese del lado de Santa Engracia, como mas directo y como punto no flanqueado por el castillo. La principal batería

Ataques del  
3 y 4 de agosto.

de brecha estaba á 150 varas del convento, y constaba de 6 piezas de á 16 y de 4 obuses. Habian ademas establecido sobre todo el frente de ataque siete baterías, de las que la mas lejana estaba del recinto 400 varas. A tal distancia y tan reconcentrado, fácil es imaginarse cuán terrible y destructor seria su fuego. Sea de propósito ó por acaso, notóse que sus tiros con particularidad se asestaban contra el hospital general, en que habia gran número de heridos y enfermos, los niños expósitos y los dementes. Al caer las bombas, hasta los mas postrados, desnudos y despavoridos saltaron de sus camas y quisieron salvarse. Grande desolacion fué aquella. Mas con el zelo y actividad de buenos patrios, muchos, en particular niños y heridos, se trasladaron á parage mas resguardado. Prosiguió todo aquel dia el bombardeo, conmoviéndose unos edificios, desplomándose otros, y causando todo junto tal estampido y estruendo, que se difundia y retumbaba á muchas leguas de Zaragoza.

Al alborear del 4 descubrieron los enemigos su formidable batería en frente de Santa Engracia. No habia en derredor del monasterio foso alguno, coronando solo sus pisos varias piezas de artillería. Empezaron á batirle en brecha, acometiendo al mismo tiempo la entrada inmediata del mismo nombre, y distrayendo la atencion con otros ataques del lado del Cármen, Portillo y Aljafería. A las nueve de la mañana estaban arrasadas casi todas nuestras baterías y practicables las brechas.

Palafox, presentándose por todas partes, corria á donde habia mayor riesgo y sostenia la constancia de su gente. En lo recio del combate propúsole Lefebvre Desnouettes „paz y capitulacion.” Respondióle Palafox „guerra á cuchillo.” A su voz atropellábanse paisanos y soldados á oponerse al enemigo; y abalanzándose á dicho monasterio de Santa Engracia, célebre por sus antigüedades y por ser fundacion de los reyes católicos, se metian dentro sin que los arredrara ni el desplomarse de los pisos ni la caída de las mismas paredes que amagaba. A todo hacian rostro, nada los desviaba de su temerario arrojo. Y no parecia sino que las sombras de los dos célebres historiadores de Aragon Gerónimo Blancas y Zurita, cuyas cenizas allí reposaban, ahuyentadas del sepulcro al ruido de las armas y vagando por los atrios y bóvedas, los estimulaban y aguijaban á la pelea, representándoles vivamente los heróicos hechos de sus antepasados, que tan verídica y noblemente habian transmitido á la posteridad. Tanto tenia de sobrehumano el porfiado lidiar de los aragoneses.

Al cabo de horas, y cuando el terreno quedaba, no sembrado, sino cubierto de cadáveres, y en torno suyo ruinas y destrozos, pudieron los franceses avanzar y salir á la calle de Santa Engracia. Pisanado ya el recinto, vanagloriábanse de ser dueños de Zaragoza, y formados y con arrogancia se encaminaban al Coso.

Mas pesóles muy luego su sobrada confianza. Co-

gidos y como enredados entre calles y casas, estuvieron expuestos á un horroroso fuego que de todos lados se les hacia á manera de granizada. Cortadas las bocacalles y parapetados los defensores con sacas de algodón y lana, y detras de las paredes de las mismas casas, los abrasaron, por decirlo así, á quemar ropa por espacio de tres horas, sin que pudieran salir al Coso, á donde desemboca la calle de Santa Engracia. Desesperanzaban ya los franceses de conseguirlo, cuando volándose un repuesto de pólvora que cerca tenían los españoles, con el daño y desórden que esta desgracia causó, fuéles permitido á los acometedores llegar al Coso, y posesionarse de dos grandes edificios que hay en ambas esquinas, el del convento de San Francisco á la izquierda, y el hospital general á la derecha. En este fué espantoso el ataque: prendióse fuego, y los enfermos que quedaban, arrojándose por las ventanas, caian sobre las bayonetas enemigas. Entre tanto, los locos encerrados en sus jaulas, cantaban, lloraban ó reian segun la manía de cada uno. Los soldados enemigos, tan fuera de sí como los mismos dementes, en el ardor del combate mataron á muchos y se llevaron á otros al monte Torrero, de donde despues los enviaron. Mucha sangre habia costado á los franceses aquel dia, habiendo sido tan de cerca ofendidos: contáronse entre el número de los muertos, oficiales superiores, y fué herido su mismo general en gefe Verdier.

Dueños de aquella parte, sentaron los enemigos

sus águilas victoriosas en la Cruz del Coso, templete con columnas en medio de la calle del mismo nombre. Todo parecia así perdido y acabado. Calvo de Rozas y el oficial Don Justo San Martin, fueron los últimos que á las cuatro de la tarde, despues de haberse volado el mencionado repuesto, desampararon la batería que enfilaba desde el Coso la avenida de Santa Engracia. Pero el primero no decayendo de ánimo, dirigióse por la calle de San Gil al arrabal, para desde allí juntar dispersos, rehacer su gente, traer los que custodiaban aquellos puntos entónces no atacados, y con su ayuda prolongar hasta la noche la resistencia, aguardando de fuera y ántes de la madrugada, segun verémos, auxilio y refuerzos.

Favoreció á su empresa lo ocurrido en el hospital general, y una equivocacion afortunada de los enemigos, quienes queriendo encaminarse al puente que comunica con el arrabal, en vez de tomar la calle de San Gil que tomó Calvo y es la directa, desfilaron por el arco de Cineja, callejuela torcida que va á la Torrenueva. Aprovechándose los aragoneses del extravío, los arremetieron en quella estrechura y los acribillaron y despedazaron. Obligóles á hacer alto semejante choque, y en el entretanto volviendo Calvo del arrabal con 600 hombres de refresco y otros muchos que se le agregaron, desembocaron juntos y de repente en la calle del Coso en donde estaba la columna francesa. Embistió con 50 hombres escogidos, y el primero el anciano capitán

Avanzan los franceses al Coso.

Cerezo que ya vimos en la Aljafería, yendo armado (para que todo fuera extraordinario) de espada y rodela, y bien unido con los suyos, se arrojaron todos como leones sobre los contrarios, sorprendidos con el súbito y furibundo ataque. Acometieron los demas por diversos puntos, y disparando desde las casas trabucazos y todo linage de mortíferos instrumentos, acosados los franceses y aterrados, se dispersaron y recogieron en los edificios de San Francisco y hospital general.

Anocheció al cesar la pelea, y vueltos los españoles del primer sobresalto, supieron por experiencia con cuánta ventaja resistirian al enemigo dentro de las calles y casas. Sosteníales tambien la firme esperanza de que con el alba apareceria delante de sus puertas un numeroso socorro de tropas, que así se lo habia prometido su idolatrado caudillo Don José de Palafox.

Habia partido este de Zaragoza con sus dos hermanos á las doce del dia del 4, despues que los franceses, dueños del monasterio de Santa Engracia, estaban como atascados en las calles que daban al Coso. Presumiase con fundamento que no podrian en aquel dia vencer los obstáculos con que encontraban; mas al mismo tiempo careciendo de municiones y menguando la gente, temíase que acabarian por superarlos si no llegaban socorros de á fuera, y si ademas tropas de refresco no llenaban los huecos y animaban con su presencia á los tan fatigados si bien heroicos defensores. No estaban aquellas léjos

Salida de Palafox de Zaragoza.

de la ciudad; pero dilatándose su entrada, pensóse que era necesario fuese Palafox en persona á acelerar la marcha. No quiso este sin embargo alejarse ántes que le prometiesen los zaragozanos que se mantendrian firmes hasta su vuelta. Hiciéronlo así, y teniendo fe en la palabra dada, convino en ir al encuentro de los socorros.

Correspondió á la esperanza el éxito de la empresa. A últimos de junio habia desde Cataluña penetrado en Aragon el 2.º batallon de voluntarios con 1200 plazas, al mando del coronel Don Luis Amat y Teran, 500 bombres de guardias españolas al del coronel Don José Manso, y ademas dos compañías de voluntarios de Lérida, cuya division se habia situado en Jelsa, diez leguas de Zaragoza. Cierito que con este auxilio y un convoy que bajo su amparo podria meterse en la ciudad sitiada, era dado prolongar la defensa hasta la llegada de otro cuerpo de 5000 hombres, procedente de Valencia, que se adelantaba por el camino de Teruel. El tiempo urgía; no sobraba la mas exquisita diligencia, por lo que, y á mayor abundamiento, despachóse al mismo Calvo de Rozas para enterar á Palafox de lo ocurrido despues de su partida, y servir de punzante espuela al pronto envío de los socorros. Alcanzó el nuevo emisario al general en Villafranca de Ebro, pasaron juntos á Osera, cuatro leguas de Zaragoza, en donde á las nueve de la noche entraron las tropas alojadas ántes en Jelsa y Pina.

En dicho pueblo de Osera celebróse consejo de

guerra, á que asistieron los tres Palafoxes con su estado mayor, el brigadier Don Francisco Osina, el coronel de artillería Don J. Navarro Sangran (estos dos procedentes de Valencia) y otros gefes. Informados por el intendente Calvo del estado de Zaragoza, sin tardanza se determinó que el marqués de Lazan con los 500 hombres de guardias españolas, formando la vanguardia se metiese en la ciudad en la madrugada del 5, que con la demas tropa le siguiese Don José de Palafox, y que su hermano Don Francisco quedase á la retaguardia con el convoy de víveres y municiones, custodiado tambien por Calvo de Rozas. Acordóse asimismo que para mantener con brio á los sitiados y consolarlos en su angustiada posicion, partiesen prontamente á Zaragoza como anunciadores y pregoneiros del socorro, el teniente coronel Don Emeterio Barredo y el tio Jorge, cuya persona rara vez se alejaba del lado de Palafox siendo capitan de su guardia. Partiéronse todos á desempeñar sus respectivos encargos, y la oportuna llegada á la ciudad de los mencionados emisarios, desbaratando los secretos manejos en que andaban algunos malos ciudadanos, confortó al comun de la gente y provocó el mas arrebatado entusiasmo.

Vuelve Lazan el 5 con socorro.

A ser posible, hubiera crecido de punto con la entrada pocas horas despues del marques de Lazan. Retardóse la de su hermano y la del convoy por un movimiento del general Lefebvre Desnouettes, quien mandaba en gefe en lugar del herido Verdier. Ha-

bíanle avisado la llegada de Lazan, y queria impedir la de los demas, juzgando acertadamente que le seria mas fácil destruirlos en campo abierto que dentro de la ciudad. Palafox desviándose á Villamayor, situado á dos leguas y media en una altura desde donde se descubre Zaragoza, esquivó el combate y aguardó oportunidad de burlar la vigilancia del enemigo. Para ejecutar su intento con apariencia fundada de buen éxito, mandó que de Huesca se le uniese el coronel Don Felipe Perena con 3000 hombres que allí habia adiestrado, y despues dejando á estos en las alturas de Villamayor para encubrir su movimiento, y valiéndose tambien de otros ardidés, engañó al enemigo, y de mañana y con él sol entró el dia 8 por las calles de Zaragoza. Déjase discurrir á qué punto se elevaria el júbilo y contentamiento de sus moradores, y cuán difícil seria contener sus ímpetus dentro de un término conveniente y templado.

El 8 Palafox con otro nuevo.

Los franceses, si bien sucesivamente habian acrecentado el número de su gente hasta rayar en el de 11,000 soldados, estaban descaecidos de espíritu, visto que de nada servian en aquella lid las ventajas de la disciplina, y que para ir adelante menester era conquistar cada calle y cada casa, arrancándolas del poder de hombres tan resueltos y constantes. Amilanáronse aun mas con la llegada de los auxilios que en la madrugada del 5 recibieron los sitiados, y con los que se divisaban en las cercanías.

Continúan  
los choques y  
reencuentros.

No por eso desistieron del propósito de enseñorearse de todos los barrios de la ciudad, y destruyendo las tapias, formaron detras líneas fortificadas, y construyeron ramales que comunicasen con los que estaban alojados dentro.

Desde el 5 hubo continuados tiroteos, peleábase noche y dia en casas y edificios, incendiáronse algunos y fueron otros teatro de reñidas lides. En las mas brilló con sus parroquianos el beneficiado Don Santiago Sas y el tio Jorge. Tambien se distinguió en la puerta de Sancho otra muger del pueblo llamada Casta Alvarez, y mucho por todas partes Doña María Consolacion de Azlor, condesa de Bureta. A ningun vecino atemorizaba ya el bombardeo, y avezados á los mayores riesgos, bastábalés le separacion de una calle ó de una casa para mirarse como resguardados por un fuerte muro ú ancho fosó. Debieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron allí obscurecidos, pues siendo tantos y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado á que se perpetúe su memoria.

Los franceses  
reciben el 6  
orden de retirarse.

Por entónces empezó á susurrarse la victoria de Bailen. Daban crédito los sitiados á noticia para ellos tan plausible, y con desden y sonrisa la oian sus contrarios, cuando de oficio les fué á los últimos confirmada el dia 6 de agosto. Procuróse ocultar al ejército; pero por todas partes se traslucia, mayormente habiendo acompañado á la noticia la

orden de Madrid de que levantasen el sitio y se replegasen á Navarra. Meditaban los gefes franceses el modo de llevarlo á efecto, y hubieran bien pronto abandonado una ciudad para sus luestes tan ominosa, si no hubieran poco despues recibido contraorden del general Monthion desde Vitoria, á fin de que ántes de alejarse aguardasen nuevas instrucciones de Madrid del gefe de estado mayor Belliard. Permanecieron pues en Zaragoza, y continuaron todavía unos y otros en sus empeñados choques y reencuentros. Los franceses con desmayo, los españoles con animo mas levantado.

Contraórden poco despues.

Así fué que el 8 de agosto luego que entró Palafox congregóse un consejo de guerra, y se resolvió continuar defendiendo con la misma tenacidad y valentía que hasta entónces todos los barrios de la ciudad, y en caso que el enemigo consiguiese apoderarse de ellos, cruzar el rio, y en el arrabal percer juntos todos los que hubiesen sobrevivido. Felizmente su constancia no tuvo que exponerse á tan recia prueba, pues los franceses sin haber pasado del Coso recibieron el 13 la orden definitiva de retirarse. Llegó para ellos muy oportunamente, porque en el mismo dia caminando á toda priesa, y conducida en carros por los naturales del tránsito la division de Valencia al mando del mariscal de campo Don Felipe Saint-March, corrió á meterse precipitadamente en la ciudad invadida. Y tal era la impaciencia de sus soldados por arrojar al combate, que sin ser mandados y en union con los za-

Resolucion magnánima de los zaragozanos.

Resolucion magnánima de los zaragozanos.

13, órden definitiva dada á los franceses de retirarse.

Llegada á Zaragoza de una division de Valencia.

ragozanos embistieron á las seis de la tarde desafortunadamente al enemigo. Hallábase este á punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada volando los restos del monasterio de Santa Engracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto á abandonar también aquel punto, prendió por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artillería gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanías de Zaragoza. La división de Valencia con otros cuerpos siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

Terminóse así el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses mas de 3000 hombres y cerca de 2000 á los españoles. Célebre y sin ejemplo, mas bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos cuanto en un principio y los mas señalados fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian enlucido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.

Al cerciorarse de la retirada de los franceses rompieron los moradores de Zaragoza en voces de

Aléjense los franceses de Zaragoza el 14.

Fin del sitio.

Alegría de los aragoneses. Estado de la ciudad.

alegría con loores eternos al Todopoderoso y gracias rendidas á la Virgen del Pilar, que su devoción miraba como la principal protectora de sus hogares. No daba facultad el gozo para reparar en qué estado quedaba la ciudad: triste era verdaderamente. La parte ocupada por los sitiadores, arruinada; los tejados de la que habia permanecido libre, hundidos por las granadas y bombas. En unos parágrafos humeando todavía el fuego mal apagado, en otros desplomándose la techumbre de grandes edificios, y mostrándose en todos el lamentable espectáculo de la desolación y la muerte.

Celebráronse el 25 magníficas exequias por los que habian fallecido en defensa de su patria, de quienes nunca mejor pudiera repetirse con Pericles, „que en brevísimo tiempo y con breve suerte habian sin temor perecido en la cumbre de la gloria<sup>1</sup>.” Concedió Palafox á los defensores muchos

privilegios, entre los que con razon algunos se graduaron de desmedidos. Mas este y otros desvíos desaparecieron y se ocultaron al resplandor de tantos é inmortales combates. No desdijeron de aquella defensa las esclarecidas acciones que por entónces y con el mismo buen éxito que las primeras acaecieron en Cataluña. El Ampurdan habia imitado el ejemplo de los otros distritos de su provincia, y estaba ya sublevado cuando los franceses acometieron infructuosamente á Gerona la vez primera. El movimiento de sus somatenes fue provechoso á la defensa de aquella pla-

(1 Ap. n. 5.)

Cataluña.

Bloqueo de Figueras por los somatenes.